

precioso de la fé que hemos recibido de nuestros padres. Acordémonos también, que la fé se pierde y se entibia mucho más por la debilidad y cobardía de sus defensores, que por el furor de sus enemigos. Procuremos, pues, á imitación de Fructuoso, Eulogio y Angurio, ilustrar á nuestras familias, á nuestros conocidos, á nuestro pueblo, al mundo todo, con una vida y una muerte ejemplar.

¡Gloriosos santos! Desde esas mansiones de eterna luz y descanso á que os abristeis la entrada con el martirio, no olvideis á los que gemimos en el destierro y estamos aún en la pelea. Alcanzados del Señor la fortaleza necesaria para despreciar las vanidades del mundo, los intereses y placeres caducos, el miedo, la condescendencia y debilidad, y para no temer los tormentos y contradicciones; hacéd que nuestra vida sea una luz que brille delante de todos, que inflame con sus ejemplos, y encienda á los demás en el amor de la virtud y en la práctica de las buenas obras, para que podamos un día cantar con vosotros las divinas alabanzas en el Cielo.

PANEGÍRICO

DE SAN FRUCTUOSO, ARZOBISPO DE BRAGA.

*Elongavi fugiens, et mansi in solitudine.
Me alejé huyendo, y permanecí en la soledad.*

(PSALM. LIV. 8.)

Triste es en verdad la condicion del hombre, basta echar una mirada atenta á la atmósfera, ya natural, ya moral, en que se respira, para conocer que una desgracia de origen, que un mal de nacimiento viene á sorprenderlo apenas sale del vientre de su madre, y no lo deja, ni lo suelta un instante hasta que lo encierra en el sepulcro. No nos alucinemos; á pesar de las bellas apariencias en que queremos ser mecidos y como aletargados, el mal es nuestro obligado compañero; mejor diré: nuestro inexorable verdugo. Acecha de continuo á nuestra dicha y á nuestro sér: acibara nuestros gustos, amarga nuestra existencia, y por fin, nos conduce al sepulcro.

¡Cómo! el hombre ha nacido para la sociedad; la sociedad ha sido instituida por Dios mismo para acoger al hombre en su seno; y sin embargo, la sociedad es una ocasion continua de mal para el hombre, y éste no ha de poder recibir de la sociedad sino el dón funesto del mal que lo pervierte! ¿Cómo es esto, repito, y quién, ó qué causa ha podido faltar así en su raíz los nobles instintos humanos, la providencial mision de la sociedad? Esto lo hizo el enemigo, el génio del mal, y lo hizo allá en los albores del mundo, cuando el hombre era todavía poseedor del Paraíso. Si, allí; al principio mismo de la existencia del género humano, en su fuente misma, fué viciada la naturaleza humana; y desde entónces viene esta série de males de que todos somos testigos á la vez que víctimas.

Desde entónces el mal se inoculó en la sangre del hombre, y toda la economía de la religion consiste en curar este mal original, en

restablecer el hombre caído al estado del hombre primitivo; á esto descendió del seno del Padre á la tierra el Verbo, que encarnó y habitó entre nosotros. Y grande, enorme ha debido ser la culpa, cuando ha sido menester un tal reparador; muy graves han debido ser sus funestos efectos, cuando el misericordioso Reparador divino emplea tantos y tan exquisitos remedios. Solo del Cielo podía venir la curacion, puesto que ningún remedio se pudo encontrar en la tierra.

Explicado tenéis, oyentes, el enigma de la existencia del mal, no solo en el fondo del hombre, sino en el seno de la sociedad. Ahora bien; como el hombre ha sido criado para el bien, forzoso, natural le es, el huir de su natural enemigo, el mal; y hé ahí el empeño de los santos en sustraerse á todas las influencias, el retirarse del mundo, el irse á habitar las más ásperas soledades, como lo hizo el santo arzobispo de Braga, Fructuoso, cuyos cultos hoy celebramos.

Con tan santo y plausible motivo os probaré, que Fructuoso, retirándose al desierto, brilló como una antorcha luminosa por su extraordinario mérito, y llegó á ser una de las principales columnas de la Iglesia española; y como tal, uno de los primeros elementos que contribuyeron al bien y engrandecimiento de su madre pátria. Para el acierto pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

La soledad es un asilo contra los peligros del mundo: por ella suspiró Fructuoso desde sus primeros años. Griegos, cartagineses, romanos, suevos, vándalos, alanos, godos, ostrogodos, visigodos, habian aportado á nuestra pátria sus costumbres, sus leyes, sus vicios y sus peculiares instintos. Todos y cada uno habian dejado á su vez gérmenes de desunión y elementos de ruina, segun que más ó menos habian influido en los destinos del país. La corrupcion, hija legítima de unas pasiones nunca domoñadas con el freno de la religion, unida á la ignorancia más profunda de los respectivos deberes del hombre, alcanzaba á todas las clases. Fructuoso ve los peligros que le rodean, y torna la espalda á cuanto de más alucinador ofrece el mundo. Nacido de ilustre alcurnia, abunda de bienes de fortuna, y se halla con elementos bastantes para poder brillar en el siglo, y figurar entre las clases más elevadas de la sociedad; pero nada es suficiente para sofocar en él su instinto de retiro. Para él nada valen el oro y las riquezas, las honras y distinciones sociales; nada el fausto y la vanidad, los goces y los placeres; el único tesoro que ambiciona es la virtud; y si en algo estima los bienes terrenos, es, únicamente, en cuanto le proporcionan el medio de favorecer bien á sus hermanos, y de contribuir á fomentar el espíritu religioso.

¿Qué mal conocen, oyentes, el carácter de la verdadera santidad los mundanos, cuando achacan á los santos el que eran duros de corazon, ásperos de genio, de costumbres montaraeces, y frios á toda pura afecion! No hay corazon más blando que el corazon de un santo; no hay genio más manso que el de un santo; no hay costumbres más apacibles y sociales que las costumbres y vida de un santo; no hay alma más cándida, más pura, ni más tierna en sus aficciones que el alma de un santo. ¿Ni cómo podría suceder de otro modo? Un santo es la más viva y exacta imitacion de Jesús en la tierra. Jesucristo amó á los hombres aunque ingratos y pecadores: y un santo no ha de amar á su prójimo, aún hasta derramar su sangre por él? Jesucristo nos ha dicho, que aprendiésemos de Él á ser mansos y humildes de corazon; y un santo podría ser ni duro, ni altivo? Jesucristo recibió con la mayor afabilidad á los más escandalosos pecadores; y un santo podría dejar de acoger con la mayor efusion de su alma á todos sus prójimos, sin distincion de justos y pecadores? Jesucristo es todo caridad; y un santo podría no abrazarse de tan divino fuego por su Dios y por su prójimo en Dios? Lejos de nosotros semejante suposicion. El santo es la copia fiel de nuestro divino Maestro en la tierra. Dios lo ha enriquecido con sus dones, favorecido con su gracia; y no permitirá que un santo, mientras se mantenga fiel, falte á la sublime mision que ejerce de llevar en sí mismo las honrosas insignias del divino Maestro, la copia fiel del divino modelo. El santo será siempre el hombre más humilde y manso en su trato, el más caritativo para con su prójimo, el hombre de costumbres más dulces, puras y sociales; el hombre más desinteresado y celoso del bien individual y social. Riguroso para si solamente, austero en sus costumbres respecto al interior de su alma y cuerpo, descuidado y poco atento á su salud corporal y á su bienestar temporal; le vereis el más condescendiente, el más indulgente, el más activo en promover el bien público y el bien privado; y todo, todo eso sin otra mira que la gloria para Dios, el provecho para el prójimo, dejando lo trabajado unicamente para sí.

Una prueba de esta verdad nos ofrece Fructuoso. Muertos sus padres, deseando prepararse para servir á Dios en la vida á que lo llamaba, se sujetó á la direccion y ensenanza de Conancio, que en aquella época regía la Iglesia de Palencia. De esta escuela salió para fundar de sus propios bienes el monasterio de los santos Justo y Pastor, llamado despues Complutense, bien fuese por alusion al lugar del martirio de aquellos dos grandes héroes del cristianismo, ó bien por estar enclavado en territorio de un pueblo conocido en la geografia

antigua con el nombre de Complútica, en las montañas del Vierzo, no lejos de la ciudad de Astorga. Este augusto monumento vino á ser un manantial perenne de ejemplos y virtudes cristianas, que, fomentadas por nuestro Santo, debían contribuir no poco á dar una nueva direccion á las costumbres populares, maladeas en demasia, merced á las revueltas de que venía siendo víctima nuestra pátria.

Nadie ignora la influencia que en aquellos tiempos ejercian en las ideas del vulgo, y aún en las de las clases elevadas, los asilos religiosos. Allí estaban encerrados los verdaderos gérmenes de una ilustracion, imperfecta sin duda, pero tal cual bastaba á la sazón para levantar á los pueblos de la inercia en que, bien hallados, se hubieran mantenido siempre. Bajo las góticas bóvedas de aquellos sagrados recintos se conservaban intactos los verdaderos principios de la moral evangélica, foco inmortal de las verdaderas luces, del positivo saber, de la cultura, y de la ciencia de los deberes humanos, para derramarse en todas las clases de la sociedad por medio de la educacion y del ejemplo, y preparar el camino á una civilizacion robusta y duradera. Fructuoso sabe apreciar estos bienes, conoce de cuanto provecho serian para la religion, para la moral y para la sociedad misma, unos establecimientos, donde debían perpetuarse aquellos prodigios inauditos de desinterés, de abnegacion y de caridad, que en un día habian triunfado victoriosamente de la corrupcion y de la ignorancia de los siglos pasados. Por eso multiplica donde quiera estos piadosos asilos, de donde salieron centenaes de hombres llenos de su mismo espíritu, animados de sus propias ideas, y celosos como él del bien del prójimo, de la gloria de la religion y del engrandecimiento de su nacion; y dispuestos á sacrificar en su obsequio sus conocimientos, sus luces, y todo cuanto eran y valian. Á las márgenes del Veza, no lejos del Castro Rupiana, fundó el monasterio Rupianense, dedicado á S. Pedro, y llamado hoy S. Pedro de Montes, en donde un día eran sus numerosos moradores el asombro de España por sus virtudes, tanto como por los inmensos beneficios que supieron derramar en el seno de sus conciudadanos y compatriotas. En la ribera oriental del Visonia, que nace en las montañas de Aquiar, se ven todavía los restos de otro edificio dedicado á S. Felix, donde Fructuoso, huyendo del estruendoso bullicio de las poblaciones, buscaba en la oracion y en las austeridades el reposo y la paz del corazón; de donde salia con fervor siempre creciente á dar nuevo impulso á sus ideas altamente benéficas y civilizadoras.

En vano sus instintos de retiro le empujan fuertemente á aislarse y oscurecerse en lo más escarpado de las rocas, ó en el silencio de

los yermos; por todas partes le siguen multitud de personas de todos estados, que descan aprovechándose de la enseñanza y direccion de tan sábio y santo maestro. Diríase que era el Bautista, acosado por las turbas del desierto para que les diese documentos de vida eterna, ó el Ángel del Buen Consejo, de cuyos labios brotaba la paz de las familias y la felicidad de los pueblos. Aprovechando las tinieblas de la noche huye de los que, hambrientos de doctrina y ansiosos de aprender en sus ejemplos los verdaderos principios de la virtud, hubieran querido disfrutar de su presencia; pero huye como el sol, que, despues de haber fecundado una parte de la tierra con sus benéficos rayos, pasa á derramar á otra sus benéficas influencias. Por dó quiera que pasa reproduce Fructuoso los mismos beneficios; por todas partes multiplica los gérmenes de cristiana civilizacion. En las costas del mar Cantábrico funda el monasterio Peonense, otro en una isleta, y muchos, así de hombres como de mujeres, en otras partes, acudiendo á estos asilos personas de todos estados que deseaban aprovecharse de la direccion y ejemplos de Fructuoso. Entre las vírgenes que tuvo á su cargo, fué muy señalada Benedicta, doncella nobilísima, que, estando para casarse con un hombre muy principal de la casa del rey, fué llamada del Cielo á la vida solitaria, bajo la direccion de Fructuoso, y aprovechó extraordinariamente en la perfeccion; fundó un monasterio, y fué maestra y guía de virtud á muchas mujeres de diferentes estados que dejaban el mundo. Tambien fundó Fructuoso monasterios para hombres y mujeres, en los cuales eran admitidos á la obediencia del abad aquellos casados, que con su mujer ó hijos menores de siete años se retirasen á vivir como monjes. Los monasterios de solos hombres que fundó Fructuoso, eran por aquellos tiempos como seminarios de obispos. De su seno salian los hombres más eminentes en virtudes y letras para ocupar los primeros puestos en la Iglesia y en el Estado; por manera, que si la religion ganaba mucho en fomentar entónces estos piadosos asilos, nada perdía tampoco, antes adelantaba en gran manera en ellos la civilizacion.

Bien comprendió su importancia, y cuanto influían en el mejoramiento de la sociedad, el rey Recesvinto, que á la sazón ocupaba el trono español. Como supiese que Fructuoso proyectaba partir para el Oriente, porque no perdiese su reino un varon, cuyos discípulos lo eran todo; antes que pudiese poner por obra su deseo, le obligó á aceptar la abadía y obispado del monasterio Dumicense; que estaba junto á Braga. En esta dignidad no degeneró nuestro Santo de su antiguo trato y conversacion; solo subia en él, de punto al fervor, la

entereza, el maltratamiento de su persona, la mansedumbre, la caridad y todas las virtudes pastorales de que le había dotado el Cielo. Hizo los mayores esfuerzos para reformar las costumbres, entrenar los vicios, desterrar la disolución casi general del clero y del pueblo; extirpar los hábitos maledados de las clases pobres, llamar á ideas más caritativas á las clases elevadas, introducir las mejoras reclamadas por las necesidades, promover los buenos estudios, que exigía la cultura de un siglo de adelantos; procurar que las buenas doctrinas marchasen de acuerdo con las buenas leyes, ó mejor, que éstas fuesen la consecuencia de aquéllas; reorganizar, en fin, la sociedad, fundirla y amalgamarla en la religion, único principio siempre, y entonces más que nunca, de unidad, de fuerza y engrandecimiento para los pueblos. Todo esto lo hizo Fructuoso con una actividad incansable, propia del que nada apetecía, y que nada deseaba más ardentemente, que ver florecer y brillar la Iglesia y la sociedad españolas, objeto único de todas sus aspiraciones. Esto procuraba en sus exhortaciones al pueblo; en esto insistía cuando con una paciencia inimitable catequizaba al rudo, instruía al ignorante y aleccionaba al pobre; esto inculcaba en el concilio X Toledano, cuando era llamado á emitir su parecer en las más graves cuestiones de la disciplina, y en obtener este resultado empleaba la gran influencia que ejercía en la corte de Recesvinto.

No era Fructuoso ninguno de esos seres envilecidos por la ambición, que se agitan de continuo en derredor del trono para intrigar: él huye de palacio por no respirar una atmósfera viciada; y si alguna vez se le ve en la corte, es para llevar sus súplicas á favor del pueblo, para interceder por el delincuente y desarmar el brazo de la venganza; para hacerle oír las necesidades del pobre, el desamparo del huérfano, la indigencia de la viuda; para denunciarle las injusticias de los representantes de la ley, las exacciones y cargas que gravitan sobre sus súbditos, y contribuir de este modo, á que la nación disfrute los beneficios á que es acreedora, á que el Estado prospere, y á que reine la justicia, la concordia y la union en todas las clases. Enérgico como Daniel en la corte de Babilonia, integro cual José en el palacio del rey de Egipto, grave como Natán en presencia de David, Fructuoso no prostituye su carácter para adular los desaciertos que emanan del trono; al contrario, exhorta, corrige y recuerda al príncipe, cuales son sus obligaciones como depositario de la suprema autoridad, las mejoras que ha de introducir, los abusos que debe desterrar, las medidas que conviene adopte en todos los ramos de la administración. La Iglesia, en aquella época, estaba amalgamada en

el Estado, y era llamada siempre como primer elemento civilizador, á presidir y dar impulso á cuanto de importante y benéfico se pensaba realizar en pró de los pueblos; y nadie como Fructuoso desarrolló más génio, más energía, y celo más constante en estudiar y poner en movimiento los medios más eficaces para llevar á cabo la reorganización religiosa y social del pueblo español.

No es pues de extrañar, que se conserve fresca en los corazones de sus paisanos la memoria de sus virtudes, y de los inmensos beneficios de que le es deudor el suelo que le vió nacer. Su nombre se pronunciará siempre con entusiasmo, porque levantó por dó quiera edificios para albergue de la virtud y de las letras, en donde se formaron otros génios, que, como él, continuaron despues su noble mision entre nosotros. En aquéllos religiosos establecimientos se agrupaban los que, cansados del siglo y de sus vanidades, buscaban la tranquilidad de espíritu; allí reinaban la caridad que une, la beneficencia que consuela, las ideas de una civilizacion bien entendida. Los que en nuestros dias se atreven á negar las ventajas que al mundo civilizado resultaron de aquellos piadosos asilos, ó son míopes, que no alcanzan á ver una verdad hártó patentizada por la historia, ó son sobremanera ingratos, que no quieren someterse á la evidencia, á trueque de no reconocer lo que en su orgullo menosprecian; muy semejantes en esto á aquellos que escupen al sol, porque no pueden resistir los rayos de este astro luminoso y bienhechor. Fructuoso, en fin, dispuesto siempre á sacrificar sus intereses, sus comodidades, su reposo y su vida misma en pró de su patria y de su patria, fué una de las principales columnas de la Iglesia española, y como tal, uno de los primeros elementos que contribuyeron al bien y engrandecimiento de su pais.

No olvidemos, oyentes, lo que debemos á ese génio, que tanto se desveló en sembrar en un suelo, entonces árido é infecundo, los primeros gérmenes de esa civilizacion, que, á no dudarlo, nunca hubiese llegado á la altura á que hoy se encuentra sin el impulso del catolicismo. Honremos cual se merece al santo arzobispo de Braga, que en sus dias fué el alma de las empresas más beneficiosas y de los proyectos más útiles que pudo concebir y llevar á cabo el génio del cristianismo esencialmente civilizador; y que murió de rodillas ánte el ara sagrada y con los brazos extendidos en cruz, cual si todavía estuviese demandando al Cielo que derramase sus dones sobre su Iglesia y sobre su país. Initemos sus ejemplos, si es que queremos merecer bien de la religion y de la patria en esta vida, y disfrutar despues como él de la Gloria.

Santo glorioso, alcanzadnos un deseo eficaz de imitar vuestras virtudes, para que de esta manera seamos útiles á la religion y á nuestro país, y despues gocemos con vos de la felicidad eterna, que á todos os deseo.

PANEGÍRICO DE SAN FRUTOS.

Omnis qui reliquerit domum... aut uxorem... aut agros propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam eternam possidebit.

Cualquiera que habrá dejado casa... ó esposa... ó tierras por causa de mi nombre, recibirá cien veces más, y poseerá la vida eterna.

(MATTH. XIX, 29.)

En estas palabras enseñó Jesucristo á los hombres el camino del Cielo; camino que todos apetecen, pero que siguen muy pocos; camino cuyo término á todos gusta, á todos encanta, á todos atrae, pero cuya dificultad intimida, y aún hace retroceder á la mayor parte. Al oír la promesa de una felicidad consumada, todos ansiamos por conseguirla, y con una especie de inquietud y de impaciencia preguntamos como el jóven: ¿qué haremos para poder gozar esa bienaventuranza eterna? Mas, cuando el Salvador nos manifiesta como á aquel jóven, los medios, luego nos parecen ásperos, molestos, impracticables. Renuncias, sacrificios, negaciones de si mismo; ¡qué leyes tan duras! ¡qué indecorosa violacion de los derechos con que ha ennoblecido al hombre la naturaleza! Así discurre el ignorante; pero el sábio no puede ménos de exclamar: ¡qué funesta ceguedad en materia del más sólido de los intereses! ¡qué injusta contradiccion entre la que se dice prudencia del siglo, y la verdadera prudencia del Evangelio! Aquella hace desdichado al hombre por los medios que le prescribe para su felicidad; ésta le colma de bienes en los mismos sacrificios que exige para mortificarle.

Si, cristianos; el hombre justo es el único que puede llamarse feliz sobre la tierra, y su felicidad se aumenta en proporcion á los sacrificios y privaciones á que se somete para asegurar la justicia. Todo

el que por amor á Jesucristo renunciare las delicias del tiempo, verá multiplicarse con tal exceso los bienes de que se priva, que sin duda poseerá ciento por uno en la gloriosa eternidad que se asegura por este medio. No es una oferta de la debilidad del hombre; es una promesa de la verdad infalible del Todopoderoso: acabais de oírla en el Evangelio, y vais á verla realizada en la persona del héroe que ha sido, es y será el honor de nuestra patria.

Frutos lo renunció todo en el mundo por amor á Jesucristo, cuya renuncia hizo, que se le multiplicáran prodigiosamente en el tiempo y en la eternidad los bienes de que se desprendió; y nosotros, al celebrar sus cultos, debemos esmerarnos en su imitación para honrarnos con su patrocinio. Es cuanto pienso decir en su elogio, persuadido de que, con solo estas reflexiones, excitaré en vosotros un deseo eficaz de imitar la sublimidad de sus virtudes, si aquel Señor, que tan liberalmente enriqueció su alma con los dones celestiales, se digna mover mis lábios, ó dispensarme sus soberanos auxilios para hablar en este breve rato, como los dispuso á nuestro Santo para obrar por todo el discurso de su vida. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Sma. Virgen. *A. M.*

Es tan duro el sacrificio que de nosotros exige el Señor, que, en el deplorable estado en que se halla nuestra naturaleza, ninguno tendria valor para alistarse en una milicia de tan austera disciplina, si no le prometiera un enorme acrecentamiento de los bienes que le manda renunciar, y asegurará, por el sacrificio de un momento, la bienaventuranza de una eternidad. El sonido de esta promesa produce en el universo la más prodigiosa trasformacion: cambiadas enteramente las ideas, corren apresurados los mortales para alejarse de todo aquello que por instinto natural ama su corazon; y el mayor héroe es el que consigue hacerse más feliz á la vista de los hombres.

Frutos lo renunció todo por Jesucristo. ¡Cuán favorable se le presenta la fortuna! Descendiente de uno de aquellos cónsules á quienes la gratitud española levantó estatuas, que perpetuasen su nombre en los siglos futuros; dueño de un pingüe patrimonio suficiente para proporcionarle todo género de comodidades; libre del freno de la subordinacion en el ardor de la juventud, en un siglo, en que los escándalos de los príncipes autorizaban la más absoluta licencia de los súbditos; en el desventurado gobierno de los Witzas y Rodrigues; facilísimo le hubiera sido vivir siempre embriagado en esas ponderadas delicias que ofrece á sus hijos el mundo lisonjero. ¡Triste re-

cuerto para un español cristiano! La virtud se disminuía según se dilataba la creencia; con la conversion de los gentiles nos vinieron los vicios del gentilismo; y llegó á tal punto el desorden, que para ser virtuoso era casi necesario dejar de ser hombre. Tal es el designio de Frutos; aleja de sí todo aquello de que parece depender la vida del hombre: hacienda, casa, patria, sociedad, todo lo abandona en un momento. ¡Ah! es muy elevada la cumbre de la perfeccion á que aspira, y jamás podrá subir á ella el que lleve sobre sí otra carga que la suave de la cruz. La moral nueva se ha empeñado en ajustar las paces entre Dios y el mundo, en conservar pura la virtud entre el estiercol de las riquezas y la inmundicia de los placeres; mas, cuando desconocida esta moderna ilustracion no sabia el hombre otro camino para el Cielo que el que le manifestaba la luz evangélica, estaba persuadido de que para ser perfecto necesitaba desprenderse de la tierra, aborrecer el mundo, violentar sus deseos, mortificar sus sentidos, crucificar su carne, negarse á sí mismo.

Solo por este camino llegaron á serlo los Pablos, Antonios ó Hilarios, que Frutos se propone por modelos. Distribuye como ellos todo su patrimonio entre los infelices indigentes; emprende como los apóstoles, sin provision alguna corporal, la senda de la gloria; deja la vida deliciosa de la ciudad por la aspereza de un desierto, cuya sola vista horroriza; el dulce trato de los hombres por la compañía de los animales feroces; la magnificencia de su casa por una gruta, que, en parte, le defiende de la intemperie, pero le incomoda por su lobreguez; la suavidad de esas ridiculas invenciones del lujo, dirigidas á fomentar la mollicie, por la aspereza de un tosco vestido, ó por mejor decir, de un cilicio, que mortifica todos sus miembros sin prestar el menor abrigo á su cuerpo; los abundantes y delicados manjares por un corto é insipido alimento; en una palabra, deja la vida por una cruel y continuada muerte. Nada más pudo renunciar porque nada más poseía.

Cuando leo la bella descripcion que hace el Crisóstomo de la vida solitaria, me parece que, ó aquel prelado elocuente quiso vaticinar lo que haria un dia Frutos, ó que este justificado ermitaño quiso demostrar la verdad con que habia hablado el Crisóstomo. Como si enteramente se olvidara de sí mismo, así manifiesta haber consagrado todos sus talentos á la utilidad de sus semejantes, hasta desear y procurar, como otro Pablo, ser anatematizado por librarlos á ellos del anatema. Renovemos por pocos instantes la memoria de los aciagos dias, en que nuestra patria empezó á sufrir el yugo de las huestes africanas, y veremos, que de toda la circunferencia corre la huma-

nidad perseguida al abrigo de nuestro solitario. ¿Acostumbran los hombres, en iguales casos, á buscar su seguridad en la compañía de los fieros misántropos? Cuando enfurecidos ya los sarracenos determinan acabar con aquel asilo de la inocencia, ¿no se adelanta Frutos, y hace de su cuerpo el escudo para defender á los demás? ¿No hace hasta el sacrificio de su humildad, evidenciando con los milagros lo sublime de su virtud, y el poder de su valimiento ante el trono del Omnipotente? No nos cansemos; la confusa noticia que de su vida nos ha conservado la tradición, el fervor y la frecuencia de sus oraciones, el rigor excesivo de sus ayunos, la cruel austeridad de sus mortificaciones, el abrasado celo por la honra de Dios y por la salvación de los hombres, el dolor agudo que le causó ver ocupada su patria por los enemigos de la cruz; todo esto demuestra hasta la evidencia, que lo renunció todo por seguir á Jesucristo, y que, como otro Pedro, pudo confiadamente decir al Señor: «Bien veis, ¡oh Dios mío! que sin excepcion alguna lo he abandonado todo para seguirnos con entera libertad.» ¿Le preguntaría tambien por el galardón destinado para remunerar la virtud? Mas, sobre ser esta pregunta un indicio bastante claro de las imperfecciones que experimentaba entónces el apóstol, Frutos, sin estar poseído del interés y de la ambicion, experimentó siempre en sí mismo la verdad de las promesas hechas en el Evangelio. ¡Oh! ¡qué dicha sería para nosotros llegar á comprender la dulzura inefable de aquella experiencia! Pero mi lengua es demasiado torpe, y nuestro espíritu se halla envuelto en una carne grosera, lo cual nos inhabilita para formar siquiera una débil idea de aquellas cosas que no se sienten.

¡Adorable Providencia! ¿por qué han de ser tan escondidas las obras más eficaces para atraer á los hombres al amor de la virtud? Ésta huye con sus amigos á un hórrido desierto inaccesible á nuestra debilidad; allí les hablas al corazon, te franqueas con ellos, les descubres su belleza encantadora; allí es donde en beneficio suyo despojas á las piedras de su natural dureza, y á los mares de su salobre amargura; allí haces brotar fuentes copiosísimas de dulces y saludables aguas; allí rompes las nubes y haces llover en abundancia el delicioso maná y las sabrosas codornices; allí..... ¡Qué desgracia, cristianos, que nuestro paladar esté tan habituado á las fétidas legumbres del Egipto! En vano resonarán en nuestros oídos aquella familiaridad con el Señor de que habla Tertuliano, aquel delicioso Paraíso que dice el gran Basilio, aquella noble habitacion del Espíritu de Dios que declara el Crisóstomo, aquella posesion anticipada de la eterna bienaventuranza, que todos los sábios contemplativos aseguran

ran disfrutar en su retiro los anacoretas; la dulce paz, el extraordinario regocijo que siente Frutos recogiénose al interior de su corazon, son infinitamente superiores á todos los esfuerzos de la elocuencia, no pueden declararse con palabras, son inconcebibles para el que no tenga la dicha de experimentarlo.

Arroja de sí este varón un polvo de basura, y se ve dueño de los inagotables tesoros del Cielo; se priva del vergonzoso placer de los brutos, y se ve embriagado con las delicias purísimas de los ángeles; renuncia una vida corporal, momentánea, llena de trabajos, y adquiere otra inmortal, bienaventurada, divina; renuncia la nada de la criatura, y se hace dueño del Criador. El poder, la sabiduría, la gloria, la divinidad, todo parece haberse trasladado al dominio de quien lo habia todo renunciado. Si manda á los brutos, se postran para obedecerle; si á las piedras, se parten para conformarse con su voluntad; si á la muerte, ni aún se atreve á tocar la presa que le pertenece de derecho; si al Infierno, se acobardan y quedan inmóviles en su presencia aquellas furias; y si á los Cielos, se abren y derraman sobre su alma el torrente de delicias que inunda los escogidos del Señor: la naturaleza todo reconoce su virtud, porque el autor de todos los seres cuida tan escrupulosamente de sus amigos, que tiene contados hasta sus huesos, y que no permitirá que sea quebrantado el menor de ellos.

Así es: aún de los áridos huesos del justo tiene un cuidado especialísimo la Providencia. De otra suerte, ¿cómo era posible, que en unos tiempos de tanta turbacion hubiéramos tenido la dicha de conservar esas preciosas reliquias, uno de los principales objetos de nuestras glorias? Mas no nos detengamos en estériles exclamaciones; adoremos á esta Providencia bienhechora, é infiramos cual será la gloria del alma, cuando por unos medios tan extraordinarios ha promovido el Señor la sagrada veneracion que tributamos á los débiles restos del cuerpo corruptible. El celo con que en los siglos más desdichados le ocultó á la vista de los cristianos, para librarle de la sacrilega profanacion de los infieles; las exquisitas diligencias que se hicieron para descubrirle; y el sumo regocijo con que celebró Segovia su milagrosa invencion; el fervor con que en la guerra escandalosa de las comunidades, supieron los segovianos abandonar todos los tesoros profanos, y exponer hasta sus vidas por asegurarle, trasladándole á la fortaleza del Alcázar; la construccion, por último, del magnífico templo destinado á su custodia; todo esto ¿no evidencia la grande veneracion que en todos tiempos ha profesado esta ciudad á las reliquias de su digno hijo y glorioso patrono? ¿no

es un testimonio más auténtico, que las más solemnes informaciones de los repetidos y estupendos milagros obrados por su intereseion, del excesivo poder, de la sublime gloria con que ha remunerado el Todopoderoso el relevante mérito de su humilde siervo?

Segovianos todos, gloriaos en hora buena de gozar el patrocinio y la tutela de Frutos; grabad en vuestro corazón la memoria de sus virtudes; pero no olvidéis, que el deseo de aspirar al heroísmo es, precisamente, uno de los motivos por qué la religión ha establecido estas solemnidades aniversarias en honor de los santos que más procuraron ilustrarla con sus admirables virtudes; y que éste es también el objeto con que la Iglesia de Segovia ofrece á la consideración de todos sus hijos las de su patrono principal. Por este medio, nos dice, mereció Frutos la admiración, los elogios y la gloria; por este mismo podreis también conseguirlo vosotros. Ni la debilidad y corrupción de la naturaleza, ni el ímpetu y fogosidad de las pasiones, en una edad la más difícil para resistirlas; ni el poderoso atractivo de un general escándalo, nada fué capaz de corromper el corazón de Frutos, que parece empeñarse en oponer con su ejemplo un fuerte dique al impetuoso torrente de la iniquidad.

¡Felices vosotros los que solemnizais la memoria de su virtud si vuestra devoción es sincera, y si vuestra religión es interior y verdadera! Que no sea hipócrita y perjudicial vuestra piedad: sería una monstruosidad enorme, impugnar con las obras lo mismo que se defiende con las palabras. Para protestar, ingenuamente, que el heroísmo de Frutos arrebató vuestra admiración, que le tributais un culto verdadero y respetuoso, y que os proponéis imitar sus virtudes sublimes; para manifestar, digo, que os animan tan loables sentimientos, es absolutamente indispensable, que vuestra conducta sea semejante á la suya; que camineis por la misma senda; que os sujetéis á las mismas mortificaciones; que renunciéis al mundo con sus lisonjeros deleites. Entonces os atraeréis las mismas alabanzas que nuestro Santo, seréis admirados de la posteridad por vuestras virtudes como él lo es de vosotros por las suyas. ¿Qué mayor satisfacción para vosotros que poder esperar, que los despojos de vuestra mortalidad sean mañana el ornamento de vuestro pueblo, vuestro nombre el fundamento de sus glorias, vuestra protección el apoyo de sus esperanzas, y la participación de vuestra felicidad el blanco de todas sus obras? ¡Ah! de no procuraros todo eso, no puede inferirse otra cosa que la hipocresía de vuestro proceder, que no haceis de aquellas prendas el aprecio que indican vuestras solemnidades, en cuyo caso no pueden ménos de ser superficiales, hipócritas, esté-

files, funestas. No me pongais la dificultad de imitar una conducta indiscreta, estúpida; ya sé que la mística de moda, queriendo apoderarse del santuario, no halla inconveniente en atribuir estos degradantes epítetos á las austeridades; añadiendo, que están proscritas por la ley de la conservación individual; sin advertir los copiosos frutos que de su ejercicio reportaban los primeros cristianos, la veneración con que las han mirado los fieles de todos los siglos, los repetidos elogios que las han prodigado los santos-padres, y la aprobación de la Iglesia, que las ha prescrito á los pecadores como necesarias para satisfacer á Dios por sus pecados. No se me oculta su empeño en sembrar de flores el camino de la gloria, en despojar á la cruz de su peso, y á la mortificación de sus espinas; en reconciliar con Dios á los pecadores, sin otra ceremonia que una penitencia de solo nombre. Tampoco ignoro, que, imbuídos en tan perniciosas máximas algunos cristianos débiles, se aterran al solo nombre de ayuno, de disciplina, de cilicio, de retiro; cuando tal vez practican todas las diligencias posibles para acomodarse á la moda en el vestido, en la sociedad, en el método de vida que prescribe el mundo, para lo cual es necesario vivir en un cruel, insuportable y continuado martirio, que, probablemente, ha conducido á muchos al sepulcro en lo más florido de sus días; sé todo esto; pero sé, igualmente, que todos los cristianos hemos renunciado con un solemne juramento al mundo y á sus máximas para consagrarnos libremente á Dios; que el más veraz y sábio de los Maestros, el mismo autor de esa ley, que suponen impedir las mortificaciones, nos dijo: *qui voluerit animam suam salvam facere, perdet eam*; y que no merece llamarse discípulo suyo, ni le acompañar á su gloria, el que no levare constantemente sobre sus hombros la cruz de la mortificación. No quiero decir por esto, que todos, sin excepcion, estemos obligados á llevar una vida tan austera como la de Frutos; pretendo, sí, que no tratemos de cubrir nuestra desidia y nuestro amor propio con el velo de una repugnancia imaginaria, y de cohonestar nuestra flojedad, diciendo ser impracticable lo que con tanto gusto y facilidad practicó Frutos. Las circunstancias de los tiempos..... no eran, por cierto, más favorables cuando trepaba Frutos á la cumbre de la perfección. La edad, las pasiones..... la naturaleza de Frutos tenía el mismo vicio que la nuestra, procedía del mismo origen corrompido que nosotros; y no obstante, en la edad en que son más violentos los estímulos de las pasiones, dominó á éstas, las aniquiló completamente. La costumbre á gozar de las comodidades de la vida..... Frutos, engrandecido por el nacimiento, prodigiosamente favorecido por la fortuna, teniendo en su mano

todas las comodidades y delicias, todo lo abandona por la humildad, por el retiro, por la mortificación, por la virtud. La ignorancia..... ¿acaso nunca fueron las enseñanzas más frecuentes que en el día? El mismo Frutos nos habla con la mayor elocuencia, y en los cultos que le tributamos nos pone á la vista nuestros deberes, y el premio que nos espera si los cumplimos. Si nos domina la soberbia: «ved, nos dice, los honores que se me tributan en la tierra. é inferid por ellos el galardón que tiene Dios reservado en el Cielo para engrandecer á los verdaderamente humildes.» Si nos acomete la lujuria: «mi alma, dice, se halla venturosamente inundada en un mar de delicias, por haber llevado siempre sobre mi cuerpo la cruz de la mortificación.»

Nó, no hay excusa alguna, y en vano tendremos la osadía de reprobar la virtud, porque carezcamos del espíritu necesario para practicarla. Léjos, pues, de nosotros, si queremos honrarnos con los particulares vicios que nos unen á Frutos, léjos de nosotros esa vil codicia, que nos hace mirar con cruel serenidad al pobre, que parece de hambre por querer guardar nosotros el oro que no podremos disfrutar. Léjos de nosotros ese lujo enemigo de la prosperidad, destructor de las fortunas, ruina de la virtud, y gérmen de todos los vicios. Léjos de nosotros esa inmodestia, claro indicio del impuro volcán que abraza nuestros corazones; esa intemperancia, esa sensualidad, que nos degradan hasta hacernos inferiores á los brutos. Léjos de nosotros el espíritu del mundo, y el amor á sus infames placeres, que nos hacen ser infieles á lo que prometimos á Dios. Léjos de nosotros el orgullo y la manía de introducir en todo la moda, que todo lo destruye. Léjos, en fin, de nosotros todo aquello que nos haga indignos de la protección de S. Frutos. Conduzcámonos como compatriotas suyos; copiemos con mayor exactitud en nuestra vida las virtudes que nos ha dejado escritas en la suya; celemos como él la honra del Señor; y si por desgracia nuestra nos viéremos acometidos de nuevo por los enemigos de la religion, salgamos intrépidos al frente, sin temer las amenazas, los insultos, la persecucion, y confiando siempre en la justicia de la causa que defendemos. Nada nos detenga porque no tengamos el dón de los milagros como Frutos, pues Aquel mismo que se lo concedió á él puede mandar á la tierra, á los brutos, á las mismas piedras que pelean por nosotros, haciendo ver á los impíos con su victoria, que son invencibles los que, tomando á Frutos por modelo, solemnizan su culto, haciendo con las obras el principal elogio de sus virtudes.

PANEGÍRICO DE SAN FULGENCIO, OBISPO.

In tentatione inventus est fidelis.
Fué hallado fiel en el tiempo de la tentacion.

(ECLÉS. XI, 21.)

Después de presentarnos el libro sagrado del Eclesiástico al patriarca Abrahán, como el destinado por Dios para ser el padre de una numerosa posteridad, y decirnos, que no se halló otro semejante á él que observase la ley del Señor, concluye su elogio diciéndonos: que fué hallado fiel en la tentacion: *in tentatione inventus est fidelis*. Y en verdad, hermanos míos, que si es mérito ser fieles y obedientes á Dios cuando nos favorece, cuando se anticipa á satisfacer nuestros deseos, cuando nos honra y llena de bendiciones, cuando ningun sacrificio costoso exige de nosotros, lo es mucho más cuando es necesario pasar por las tribulaciones, cuando para serle fieles hay que renunciar á las comodidades, regalos y placeres; cuando es preciso hacerle el sacrificio de nuestros intereses, de nuestros afectos, de nuestra salud y de nuestra vida. Si Abrahán obedece al Señor cuando le manda que por su mano sacrifique á su hijo Isaac, y resignado conduce á éste al lugar del sacrificio, renunciando y sacrificando al mismo tiempo á todas sus esperanzas, á su amor de padre y á todos los afectos de la carne y de la sangre, y levanta su brazo para descargar el golpe; ¿no está formado todo su flogio y descubierta toda la intension de su mérito con decir: que fué fiel y obediente á su Dios en la tentacion?

Permitidme ahora, que habiendo de formar en este día el elogio de S. Fulgencio, me abstenga de referir lo ilustre y esclarecido de su nacimiento, lo sólido y penetrante de su ingenio, sus adelantos admirables en las ciencias divinas y humanas, los escritos con que ilustró á nuestra España y á todo el mundo católico, exponiendo la

doctrina revelada, defendiendo los dogmas de nuestra fé, confutando las herejías y á todos los enemigos de la religion; y me cña á decir de este héroe de nuestra pátria, lo que el Oráculo sagrado nos dice del patriarca Abraham: *in tentatione inventus est fidelis*. Fué fiel al Señor, confesó y defendió la verdadera fé en medio de los peligros y á costa de los mayores sacrificios. Comprendemos bien, hermanos míos, que el hombre defienda sus creencias y sostenga su fé cuando nada arriesga ni pierde por ello; cuando ha de recibir los aplausos y obsequios de los hombres, que le escuchan con docilidad y con ánsia; pero, que con un celo infatigable y dispuesto á sacrificarlo todo, defienda su misma fé entre las más poderosas contradicciones, entre las persecuciones y peligros más terribles; cuando no puede esperar sinó los desprecios, las cárceles, los destierros y la muerte... esto es obra solamente de una virtud perfecta y de un heroísmo de religion. Hé ahí lo que propongo hacerlos admirar en S. Fulgencio, objeto de nuestros cultos, y de lo cual podeis y debéis inferir lo sublime de sus méritos y santidad, y la necesidad que nos incumbe á todos de confesar y defender la verdadera fé en los peligros y persecuciones. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Nada vemos más comun entre los hombres, que el acomodar sus creencias y su conducta á las circunstancias; el condescender y dejarse arrastrar de los ejemplos de los poderosos; y se llama política y prudencia el no contradecir al error cuando se sanciona con la autoridad y el poder de la fuerza, cuando sale de la boca del que tiene en su mano los premios y los castigos, del que puede perder y salvar. Si hay un Bautista que tenga el valor suficiente para reprender los escándalos de Heródes, y decirle con resolucion *non licet*; ¿cuántos profetas falsos hay, que justifican al impio por los dones que esperan recibir, ó por los bienes que temen perder? Si hay un árbol fuerte y robusto que se conserva inmóvil entre los huracanes; ¿cuántas cañas débiles hay, sin jugo, sin virtud y sin solidez, que se inclinan á todos los lados á que las agita el más ligero viento?

Por los años de quinientos cincuenta y seis, nació S. Fulgencio de familia nobilísima por sus ascendientes, porque su padre Severiano, prefecto de la milicia correspondiente al departamento de Cartagena, era originario de la sangre real de los Ostrogodos; y Teodora su madre lo era de las familias de los Godos más recomendables por la religion y piedad; pero más nobilísimas y apreciables aún por su virtud; por los frutos de santidad que dieron al mundo en S. Fulgencio, San Leandro, Sta. Florentina y S. Isidoro, hermanos todos, á quienes ve-

neramos con la Iglesia, y de que justamente se gloria nuestra pátria. Esta es la generacion de los que buscan al Señor, de los que se complacen en servir y adorar al Dios de Jacob, y ponen en Él todas sus esperanzas. El bello natural de S. Fulgencio, su aplicacion al estudio, su conocimiento profundo de las ciencias, y su pericia en las lenguas griega, hebrea, siríaca, italiana, gótica y latina; su posicion, sus relaciones, sus méritos y todas sus circunstancias, le ponian en disposicion para aspirar á los primeros destinos y dignidades; pero dominaba en su tiempo en España la herejía de Arrio. El error de hacer puro hombre á Jesucristo y negarle la divinidad y consustancialidad con el Padre eterno, habia llegado hasta el mismo trono, y el rey Leovigildo habia abrazado con ardor el partido de los herejes, y perseguía con crueldad á cuantos no eran de su mismo sentir. Inútil es el afirmar, que para agradar al rey era preciso sacrificar la fé y renunciar á la conciencia; y que para no ser enemigo del príncipe era preciso declararse por enemigo del Hijo de Dios, y negar su igualdad y consustancialidad con el Padre.

Se conoce bien, que no podian alcanzarse los bienes de la tierra sin renunciar á los del Cielo; que sin ser hereje y hacer profesion del arrianismo no quedaba esperanza á la gracia del rey ni á sus favores; que debía temerse todo de un rey, que perseguía con crueldad, y habia renovado en la España las épocas de los Nerones y Dioclecianos, bajo cuyo yugo gemian tristemente los católicos. San Fulgencio no era de aquellas almas viles, que se manchan y denigran con las aduclaciones más criminales; no era un alma ambiciosa, que todo lo sacrifica por subir un grado más en los escatones resbaladizos de las grandezas humanas; su ciencia sólida y verdadera no era de esas engañosas, que sirven, como vemos, para hallar razones y excusas para todo, para cohonestarlo todo, para justificarlo todo, y que son más perjudiciales que la ignorancia, y no se pueden excusar de la maldicia y el estrago que su ejemplo produce en los fieles simples y sencillos; su virtud no era tan débil y tan poco arraigada, que vacilase ó pudiese desaparecer al impulso de la tentacion, y que léjos de prometerse honores y distinciones, solo puede esperar los desprecios y la persecucion bajo el dominio de la impiedad. Lo conoce todo; y, sin embargo, animado de un celo apostólico, no se aparta de la fé católica; he dicho poco: hace frente á la herejía á pesar de su poder y proteccion, á pesar de su triunfo y aspecto fiero y tirano; y declarándose por uno de los más fuertes defensores de la verdad, vence y confunde vergonzosamente en sus disputas á los arrianos.

El error y la impiedad sabe muy bien, y lo ha puesto en práctica

en todos tiempos, echar mano de la persecucion, del destierro, de la calumnia, de la sangre y de la muerte, para sostener un triunfo que no puede consolidar con la verdad y la razon. Su fin ha sido siempre ahogar á la verdad en sangre, sin conocer que así la lava, la acrisola, la purifica más y más, y hace más palpable su evidencia. No puede ser vencido S. Fulgencio con la razon, pero se le prende como á un malhechor; y sin más recursos, sin más provisiones, sin más formalidades ni proceso se le arresta de orden del rey; y sin ser oido, sin permitirle tomar más que el pobre vestido que le cubre, es desterrado desde Sevilla á Cartagena, donde se le pone en un encierro, y donde sufre los mayores trabajos, privaciones y molestias de todas clases. ¿Desistirá de su empeño el defensor de Jesucristo? ¿El destierro, la pobreza y la misericordia desarraigarán de su corazon la verdad y le convertirán en partidario de la mentira? ¿Callará, al ménos, y dejará de publicar la fé católica, de animar á los verdaderos fieles y de confundir á los herejes? S. Fulgencio se conserva fiel en medio de las tentaciones: la fé que profesa ni la oculta, ni la niega, ni la defiende solamente cuando no halla peligro en defenderla; sinó tambien y con más ardor entre las tribulaciones, en las cárceles, cuando se le amenaza con la muerte. Se gloria de padecer por Jesucristo: desprecia á los que tienen poder sobre el cuerpo, y que ningun bien ni mal pueden hacer sobre el alma; y desde su destierro defiende la fé católica, y anima con sus escritos y palabras á los fieles y al mismo Hermenegildo, hijo del rey, que habia abrazado la verdad, para que la sostengan aunque sea á costa de su vida.

Comprendamos bien las circunstancias, las privaciones, la posicion de S. Fulgencio, y conoceremos todo su mérito y heroísmo, nada comun por cierto. Defendemos fácilmente la verdad cuando nada tenemos que temer; pero hay pocos que sepan dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, cuando el César quiere arrogarse las atribuciones que son de la pertenencia de Dios. Hay pocos que no cedan al temor, á las amenazas, que no dejen á Dios ántes que dejar sus regalos y comodidades, sus destinos y sus intereses. ¡Ojalá no pudiéramos citar en las historias tantos ejemplares de la flaqueza humana! ¡Tantas torres elevadas y que parecian indestructibles, y que cayeron al primer golpe, á la primera amenaza, á la primera insinuacion de un poder que no debiera temer la virtud. Conozco la fragilidad humana, lo que atan el mundo y la carne; lo que ligan las atenciones con los propios y extraños; lo que arrastra el amor al descanso, al aprecio, á los intereses; lo sensible que es exponerse á las burlas y persecuciones de los malvados. Dad vosotros

todos los ensanches que queráis, y ponderad cuanto gustéis lo critico de tales circunstancias; y cuando os valgaís de ellas para justificar las caidas vergonzosas y las condescendencias culpables, yo las haré valer para poner de manifiesto el mérito de S. Fulgencio, y os diré: *Fué hallado fiel en el tiempo de la tentacion.* En medio del horror y la persecucion, en el destierro y el encierro, privado de todos los recursos y amenazado por todas partes, una palabra sola le hubiera puesto á salvo y restituido á la quietud y descanso. Una profesion de fé dictada por el rey, y la herejía le hubiera colmado de honores y distinciones, y puesto al frente de los primeros y más interesantes destinos; pero lo sufrió todo, lo perdió todo, lo despreció todo por conservarse fiel.

El triunfo del error y la impiedad es momentáneo, y al fin viene á estrellarse y á rendir homenaje á la verdad. El impío está exaltado como un cedro del Líbano: le vemos; y al volver á pasar ya no existe, y ni hay señal del lugar que ocupó. Leovigildo, atormentado cruelmente por su conciencia, y por el recuerdo de la muerte que hizo dar á su hijo el mártir san Hermenegildo, porque abrazó y sostuvo la fé católica; en los momentos en que se acerca la eternidad y desaparecen las ilusiones con que entretiene el mundo, cuando el hombre abandonado á sí mismo no puede cerrar los oídos al grito de su conciencia; Leovigildo encargó á su hijo y sucesor el principe Recaredo, que abjurase la herejía, y siguiese los consejos de los varones apostólicos Fulgencio y Leandro, que tan acertadamente habian instruído y aconsejado á su hermano.

El principe Recaredo abrazó la verdadera fé, y España obtuvo la paz y la proteccion de sus creencias: se levantaron los destierros; y san Fulgencio, ¿tendría que avergonzarse y ocultar su ignominia y vileza al entrar en Sevilla? ¿Qué triunfo es comparable con el de este glorioso atleta, que vuela con toda su fé, sostenida entre el hambre, la miseria, la pobreza y todo género de calamidades? ¿Qué gozo es comparable con el de los verdaderos fieles, al recibir en su seno al varon esforzado, que se puso al frente de los que peleaban por la causa de Dios? Y quien tan animosamente sostuvo la fé entre los peligros y persecuciones, ¿se olvidará de anunciarla y defenderla en la paz? Testigos son de su celo infatigable Cartagena, á donde tuvo que volver muy pronto para suplir la falta de su obispo, imposibilitado por su edad y sus enfermedades; Écija, á donde fué enviado por el rey como un ángel de paz para componer las discordias que la agitaban, y de donde fué nombrado obispo para gloria de la religion, lustre y esplendor de la fé, y ruina de la herejía. Testigos son Carta-

gena, á donde fué trasladado, y cuya cátedra rigió por espacio de seis años, con todo el acierto, la prudencia y el valor de un apóstol; lo son sus escritos admirables por su ciencia, piedad y sana doctrina; lo son los decretos del concilio segundo de Sevilla, á que asistió como obispo de Écija, y en que tuvo tanta parte con su hermano san Isidoro.

Si me hubiera propuesto contemplar á san Fulgencio como obispo y pastor de la Iglesia, discurriría por los sucesos de su ministerio, por sus limosnas, por su vigilancia, por su vida irreprochable; viérais un padre tierno y amante de sus hijos, un digno sucesor de los apóstoles, que defiende la pureza de la doctrina, que destierra los errores y la superstición; que dá pasto espiritual y corporal á su pueblo, que restablece la magnificencia del culto divino expurgando los abusos y la ignorancia; que reforma al clero y al pueblo, sin que sus enemigos tuvieran que echarle en cara jamás el más pequeño defecto, viéndose siempre obligados á confesar su virtud y dar testimonio de su celo. Écija y Cartagena, y hoy la silla episcopal de Murcia, donde está refundida la de Cartagena, se gloriarán siempre en un patrono y santo prelado, que la ilustró con sus ejemplos y virtudes propias de un obispo segun el corazón de Dios. Yo solo diré: que si, como me he propuesto demostrar en el elogio de este Santo, fué fiel en la tentacion, fué un apóstol en el tiempo de las persecuciones y el destierro, cuando el odio de un rey poderoso estaba declarado en contra suya; cuando por defender la pureza de la doctrina santa no podría prometerse sinó tormentos y sangre; que si fué fiel y un esforzado defensor de su Dios en la desgracia, el abatimiento, la miseria y los castigos, ¿qué sería en la libertad, ayudado del favor de la potestad temporal, y colocado como una luz sobre el candelero en la dignidad de obispo, en que fué colocado por Dios para regir su Iglesia?

El Señor, que es fiel en sus promesas y justo recompensador de las fatigas, habla de pagar sus méritos á un siervo, que desde la mañana había trabajado en su viña, y había soportado el calor de toda la jornada; y en una ancianidad llena de méritos y virtudes le envió una muerte preciosa en los brazos de sus amigos en el Señor, san Braulio, y san Laureano obispos de Zaragoza y de Cádiz. Una muerte que fué un paso para llegar al descanso feliz, y asistir á la compañía de Aquel, que prometió tener consigo para siempre á sus ministros.

Goza de la justa recompensa y las delicias inefables, digno sucesor de los apóstoles; disfruta el pago de tu fidelidad, y descansa de tus tareas y trabajos sin inquietud, sin turbacion, y sin temor de

perder la corona de justicia, que te fué dada en premio al fin de tu carrera. Canta sin cesar los himnos de alabanzas al Cordero en cuya sangre lavaste tu estola, y bendicete por los siglos de los siglos en la compañía de los ángeles. Gloriate, iglesia de Murcia, con el tesoro de las reliquias de san Fulgencio, que despues de tantos siglos, de tantas persecuciones y trastornos, has llegado al fin á conservar en tus altares, para que sean el refugio de los fieles necesitados, que invocan su proteccion, y piden por su medio el socorro de sus aflicciones.

Y nosotros, mis amados hermanos, no olvidemos este ejemplo de fortaleza y constancia; aprendamos en san Fulgencio, la necesidad que tenemos de confesar y defender la verdadera fé en los peligros y las persecuciones, renunciándolo todo, perdiéndolo todo, sufriendolo todo ántes que sucumbir á ser infieles y enemigos de Dios. Resolvámonos á ser fieles en la tentacion, y animémonos con su ejemplo, y con la contemplacion del premio que está gozando en el Cielo por su fidelidad.

Dispensadnos, glorioso Santo, dispensadnos á este fin vuestra proteccion; interceded con el Señor, para que nos conceda el dón de fortaleza; celoso fuisteis en la tierra de la salvacion de las almas, y no podeis desatender en el Cielo los ruegos de los que os invocan; sed nuestro abogado y protector para que no caigamos en la tentacion, para que nos conservemos fieles al Señor en todas las circunstancias y todos los tiempos, y como á siervos fieles nos mande entrar tambien en su gozo y cantémos con vos las eternas alabanzas. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SAN GABRIEL, ARCÁNGEL.

Misus est angelus Gabriel á Deo ad Virginem desponsatam vivo, cui nomen era Joseph, et nomen Virginis Maria.

Envío Dios al ángel Gabriel á una virgen desposada con cierto varon llamado José, y el nombre de la virgen era Maria.

(Luc, 1, 26.)

Son por demás limitados los conocimientos del hombre. Todo lo quiere comprender y explicar; y se ve, sin embargo, en la necesidad de reconocer, que ignora la naturaleza de lo mismo que palpa y le rodea, de la luz que le alumbrá, del aire que respira, de la humilde yerba que pisa, del insecto que le molesta, del pájaro que le recrea; tiene que confesar, á despecho de su orgullo, que no se conoce á sí mismo, ni sabe cómo vive, se mueve y existe. Alza los ojos al cielo y no acierta á comprender lo que son las estrellas, el sol, la luna y los planetas. ¿Y cómo pudiera comprender lo que son otros seres más nobles, más elevados, más grandes; lo que son unas criaturas invisibles, espirituales, que están al lado de Dios, y acerca de las cuales somos incapaces de formarnos siquiera una idea? ¿Cómo conocer lo que son los ángeles que sirven de trono al Señor, le alaban y bendicen, y se ocupan en cumplir su voluntad y ser ministros suyos? Somos demasiado terrenos para podernos elevar al conocimiento de unas criaturas tan espirituales y superiores á nosotros, y solo sabemos de ellos lo que el Señor ha querido revelarnos. Pero, así como nos son desconocidas su ciencia y su naturaleza, nos son conocidos los beneficios que el Señor ha dispensado visiblemente por su ministerio; nos son conocidos muchos de sus favores; y esto basta para excitar nuestra gratitud, sumisión y respeto á esos espíritus venturosos. En la obra más grande, en la más importante, en la obra de la reparación de nuestra caída y redención de nuestra cautividad, nos

consta, que el ángel Gabriel fué el enviado por Dios á la ciudad de Nazareth, á la Virgen María desposada con José, para anunciarle los misterios del Señor, y que el Verbo eterno, el Hijo del Altísimo, tomaría carne en sus purísimas entrañas; que fué el embajador del Cielo á la tierra para anunciarla haber llegado los días de la redención y de la paz. El Evangelio nos refiere este imponderable servicio de S. Gabriel con estas palabras: *Envío Dios al ángel Gabriel á Nazareth, ciudad de Galilea, á una Virgen desposada con cierto varon de la casa de David, llamado José, y el nombre de la Virgen era Maria.* ¿Qué más necesitamos saber, para honrar á este celestial embajador, á este representante de Dios, á este espíritu, por cuyo medio recibimos el mayor bien que Dios ha dispensado á los hombres? Justo es, pues, que le honremos y seamos agradecidos; y lo haremos segun su voluntad, si nos aprovechamos del beneficio de la redención, del que él fué digno mensajero.

Hé ahí indicado el asunto en que voy á ocuparme y llamar vuestra atención en mi discurso. ¡Quiera el Señor que ceda en honor suyo y utilidad y aprovechamiento nuestro! A. M.

Apénas salió Noé del Arca y pisó la tierra húmeda todavía con las aguas del diluvio, y cubierta de los cadáveres de las victimas de la inundacion general, erigió un altar; y tomando algunos de los animales que habla conservado, ofreció holocaustos al Señor en olor de suavidad, para manifestarle su agradecimiento y su aprecio por el beneficio que tan misericordiosamente habla dispensado á su familia. Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, David, Salomon, los Macabeos, expresaron repetidamente al Señor su reconocimiento por los beneficios recibidos con holocaustos, sacrificios y cánticos de alabanza, como nos lo refiere la Escritura sagrada. El Apóstol escribe á los fieles de Tesalónica, diciendo: *Damos gracias á Dios sin intermision;* y dice á los Colosenses: *sed agradecidos.* Tan propia y natural es del hombre, y mucho más del cristiano, la gratitud á los favores y beneficios de su Dios. Y si cuando alcanzamos algun beneficio extraordinario, no solamente honramos al bienhechor principal que nos le dispensa, sino aún á las criaturas insensibles que intervienen en él y por cuyo medio llega á nosotros; si el Arca santa era tan venerada del pueblo de Dios, porque en ella manifestaba su voluntad el Señor al sumo Sacerdote; si los instrumentos mismos y las armas con que consiguieron los triunfos contra los filisteos, eran tenidos en respeto y se miraban con cierta honra por los del pueblo escogido; habiendo traído al mundo el arcángel S. Gabriel la nueva de su mayor gozo y

consuelo, debiéndole el favor singular de haber anunciado á Maria Santísima la Encarnacion del Verbo divino, habiendo alcanzado por su medio la inapreciable dicha de nuestra redencion; habiendo sido el mensajero de Dios para que apareciese en el mundo nuestro Redentor, que durante tantos siglos habia sido el objeto de las esperanzas de los justos, de sus oraciones y suspiros, y el fin á que se dirigian las promesas que habia hecho Dios á su pueblo sacándole del Egipto, concediéndole la tierra de promision y anunciándole á los patriarcas y profetas; ¿no será acreedor á que nosotros le honremos y veneremos? Si veneramos la casa de Nazareth en que vivia Maria Santísima, porque en ella la fué anunciada la Encarnacion del Verbo divino y concibió al Hijo del eterno Padre; si veneramos el pesebre, donde Jesús fué reclinado en su nacimiento, la cruz en que murió, los clavos que traspasaron sus manos y piés, las espinas que taladraron su cabeza, y cuanto tuvo contacto con Jesús en este mundo; ¿no deberemos honrar, venerar y manifestar nuestro aprecio y respeto al arcángel S. Gabriel, que, desde el principio, fué instruyendo á los hombres acerca de la venida de su Redentor, hasta anunciarles su nacimiento en Belén?

Si, desde el principio, hermanos. Sabido es, que luego que nuestros primeros padres cayeron en la culpa y fueron arrojados del Paraíso, haciendo partícipes á sus descendientes de sus miserias, el Señor les consoló con la promesa de un Reparador que los volveria á su amistad, y sacaria al género humano de la esclavitud en que habia caído. Esta promesa la fué renovando el Señor á los patriarcas; y á proporcion, dice S. Agustín, á proporcion que se iba aproximando el tiempo de su cumplimiento, fué tambien haciéndose más pública y más notoria, así como más cierta y segura, la esperanza en todo el pueblo hebreo, de que habia de venir el deseado Redentor. Pues bien: el arcángel Gabriel fué el encargado de recordar dicha promesa, de repetirla, de enjugar de tiempo en tiempo las lágrimas del género humano, y consolarle en su peregrinacion con la esperanza de su Redentor. Al profeta Daniel se le apareció, señalándole el tiempo en que el Mesias prometido habia de venir al mundo, y librarle con su muerte del yugo de Satanás, cumplidas aquellas setenta hebdomadas ó semanas de años abreviadas y misteriosas. El mismo San Gabriel se apareció á Zacarías, cuando éste quemaba el incienso ante el altar, y le anunció el venturoso nacimiento de su hijo S. Juan Bautista, el gozo universal que todos recibirian en él, y la abundancia de gracias y de espíritu de que estaria dotado aquel niño; aún en las entrañas de su madre; que seria su alegría y habia de ser grande

á los ojos del Altísimo, como se verificó, naciendo, en el tiempo señalado por el arcángel, el Precursor, que señaló con el dedo al Mesias prometido. El mismo arcángel se presenta á Maria como mensajero de Dios, para manifestarla, lo que se habia determinado en el divino Consistorio acerca de la Encarnacion del divino Verbo, y que Ella era la llena de gracia, la bendita entre todas las mujeres, la escogida para ser la Madre del Salvador de su pueblo. El mismo arcángel, según el sentir de los doctores y expositores sagrados, consoló á S. José en sus zozobras, anunció el nacimiento de Jesús á los pastores de las montañas de Belén, avisó el peligro que amenazaba al Niño con el degüello ordenado por Herodes, y mandó á José que huyera á Egipto con la Madre y el Hijo para salvarse. El mismo arcángel le mandó volver á su patria despues de la muerte de Herodes. El mismo arcángel, cuando Jesús estaba orando en el Huerto y sudaba sangre al contemplar los tormentos de su pasion, y el cáliz de amargura que tenia que apurar para consumir la obra de la redencion de los hombres, y aplacar la ira de Dios ofendido por el pecado, bajó del Cielo y se le apareció para confortarle. Bien podemos asegurar pues, que, desde el principio hasta su consumacion, ha sido este dichoso y bienaventurado espíritu el encargado del beneficio imponderable de nuestra reparacion y redencion; el que nos ha colmado de consuelos y esperanzas; y el que, por último, nos ha anunciado al Redentor mismo, que nos ha sacado de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte, y nos ha franqueado las puertas de la gloria.

Por lo tanto, justo es, hermanos míos, que nos manifestemos agradecidos á este arcángel, que le honremos y veneremos. Si el jóven Tobías tenia por muy poca merced, y suplicaba que aceptase como una señal, nada más, de su reconocimiento, la mitad de todos sus bienes al mancebo que le habia acompañado en su viaje, salvado de los peligros; y llevado sano á la casa de su padre con Sara su esposa; ¿qué merced ó retribucion podremos dar nosotros á este ángel del Señor, que nos ha proporcionado bienes más generales y mayores sin comparacion? ¿Cómo le manifestaremos nuestra gratitud y reconocimiento?

Para nada necesitan de nosotros esos espíritus felices, y están contentísimos con cumplir la voluntad de Dios, de quien son ministros; mas podemos y debemos ser reconocidos á los servicios de S. Gabriel acatando el beneficio de la Redencion, procurando aprovecharnos de este tesoro, con el cual podemos comprar nuestra felicidad eterna y ser semejantes á los ángeles. Hé ahí, hermanos míos, el modo de honrar al mensajero de nuestra salvacion eterna; el modo de agradecerle y

umentar, si es posible, su gozo y su satisfaccion, y con lo que trabajamos á la vez en provecho nuestro. ¿Y cómo podrá ménos de injuriar y faltar al respeto y gratitud debida al embajador del Cielo, para negociar nuestra reparacion y el cumplimiento de las promesas de Dios, el que vive en un olvido del beneficio de la Redencion, el que no trata de aprovecharse de él, el que vive como si no tuviera más patria ni más esperanzas que la tierra? Pero ¿es posible semejante olvido y desprecio en los hombres? ¿Hay cristianos que puedan olvidar y ser ingratos al beneficio de su redencion? ¿Hay alguno que no diga como David: Qué daré al Señor en cambio de tanto como Él me ha concedido? Pero ¿qué es la Redencion? Es, hermanos míos, el beneficio más grande, la prueba más decisiva del amor de Dios á los hombres. Si Dios hubiera dejado á nuestra eleccion que le pidiésemos una prueba visible y un testimonio claro de lo mucho que nos ama, ¿nos hubiera siquiera pasado por la mente, el pedirle otra igual al testimonio que nos dió con su Encarnacion y nuestra reparacion? ¿Hubiéramos soñado siquiera en pretender, que Dios se hiciese hombre, y que haciéndose en todo semejante á los hombres, tomase sobre sí todas nuestras miserias, á excepcion del pecado, para compadecerse de nuestras necesidades, á costa de su sangre y de su vida por nuestras culpas? Pues este prodigio, que jamás nos atreviéramos á pedir ni aún á imaginar; esta maravilla, que el entendimiento humano calificaría de extravagancia; este milagro fué el que obró la Sabiduría divina para manifestarnos lo mucho que nos amaba: este bien inmenso es el que se nos anunció por medio del arcángel S. Gabriel. Y sin embargo, siendo esta una verdad, que creemos como católicos cristianos, ¿cuál es nuestra gratitud? ¿Qué interesaba el Señor en nuestra redencion? ¿Qué iba á ganar en hacerse semejante á nosotros para que fuésemos participantes de su gloria? ¿Ignoraba, acaso, que iba á desperdiciar sus beneficios en unos hombres ingratos? ¿No sabía, por ventura, que por grande que fuese el sacrificio, por más ejemplos que nos diese, el mundo siempre habla de ser enemigo implacable suyo, y habla de estar lleno de ingratos, de libertinos, de impios y disolutos? Con todo, nada fué bastante á entibiar su amor, y apartarle de su resolucion de vivir entre nosotros, y morir por nosotros.

Vel, hombres, ved, y contemplad el amor de nuestro Dios, que nos dió á su mismo Hijo unigénito, y quiso que nos llamásemos y que realmente fuésemos hijos suyos, pueblo amado del Hombre-Dios, sus hermanos y coherederos. ¡Un Dios que se humilla hasta hacerse un niño, que se sujeta á nuestras miserias, que padece, que

muere entre la afrenta y el dolor por amor á los hombres! ¿Creemos estos misterios? ¿Y qué impresion produce en nosotros esta creencia? Señor, ni vuestras congojas, ni las maravillas que obrais para aparecer como un siervo entre los hombres, y padecer y morir por ellos, me admiran ni me extrañan, porque aunque son incomprendibles, en vuestros acertados y eternos designios habeis excogitado estos medios para alcanzar la redencion del género humano. Lo que sí, me admira, lo que confunde mi razon, lo que no podría creer si no lo palpase, es: que los hombres crean estas verdades y os nieguen su amor; que sepan que habeis puesto vuestros tesoros en sus manos y no quieran aprovecharse de ellos; que vivan olvidados de vuestros incomparables beneficios; más aún, Señor, que los desprecien, y vivan como si nada creyesen, como si nada tuviesen que esperar ni temer, como si no necesitasen de la Redencion, ó les fuera indiferente el pertenecer ó no al número de los que se salven. Lo que me turba y llena de espanto es: que los cristianos crean estas verdades y vivan encenagados en los vicios, en los placeres, en sus afanes terrenos; y que sabiendo que su ley, la ley que deben cumplir para salvar sus almas es la ley de Jesucristo, la ley que nos intimó en su Evangelio: ley de mortificacion, de abnegacion, de penitencia, de cruz, de amor á todos, de paz con todos, de sufrimiento y resignacion en los trabajos; la olviden, y sigan por el anchuroso camino de la perdicion, por los deleites, por las injusticias, por el desenfreno y la licencia, sin que apenas se distingan en sus obras de los que no tienen fé.

¿Qué es esto sinó la más negra ingratitud al beneficio de un Dios hecho hombre para salvar á los hombres? ¿Qué es esto sinó obligar á arrepentirse, en cierto modo, al mismo Dios, del beneficio que nos ha dispensado, y á que nos diga en queja á presencia del Cielo y de la tierra: ¿Los mismos hijos propios á quienes he nutrido y ensalzado me llenan de desprecios? ¿Qué es esto sinó volver mal por bien, de cuyo desórden se lamenta el Señor por Jeremias? ¿Qué es esto sinó hacer que caiga sobre nosotros la tribulacion, despreciar las riquezas de la bondad, de la paciencia y longanimidad de Dios, y atesorarnos su ira por nuestra dureza? ¿Qué es esto sinó ser de peor condicion que los jumentos; porque el buey conoce á su dueño, y el asno conoce el pesebre de su señor; y el hombre no quiere reconocer á su Bienhechor? ¿Qué es esto sinó exponernos á perder el reino de Dios, y que se dé á otras gentes agradecidas que hagan obras dignas de él? Y esta ingratitud, este menosprecio de nuestra redencion, que tan directamente lastima á Jesucristo, ¿no redundata tam-

bien, en cierta manera, en mengua del arcángel S. Gabriel, que tanto intervino para su complemento y para ajustar la paz entre el Cielo y la tierra? Este Ángel de paz ¿dejará de llorar amargamente la ligereza y locura de los hombres en abandonar á su Redentor, y no aprovechar de sus méritos, de su ley, de sus Sacramentos y sus gracias, por obedecer á las vanidades del mundo? ¿Dejará de ser un agravio para este espíritu bienaventurado, el que libres ya los hombres del poder del demonio, quieran vivir en su esclavitud, y sin admitir la libertad de hijos de Dios y herederos de su gloria que les trajo con su embajada?

Si queremos, pues, honrar y venerar al arcángel S. Gabriel, si queremos que su alegría sea completa, resolvámonos á apreciar el beneficio de nuestra redencion, á aprovecharnos de este inmenso tesoro, que nos abre las puertas del Cielo, y nos une con Dios y con sus ángeles en la gloria. ¿No tiene Dios un derecho á exigir esta resolucion de nosotros? ¿Hay algun otro á quien debemos tanto y nos pida con justicia más reconocimiento? ¿No lo reclaman tambien nuestro propio interés y felicidad? Así lo ofrecemos, Señor; pero Vos sabéis, que no nos es dado conseguirlo con nuestros esfuerzos; jamás podrá ser nuestra salvacion exclusiva obra de nuestras manos, ni podremos tener valor para resistir á tantos enemigos como se nos oponen en el cumplimiento de vuestra santa ley. Sed Vos, Señor, nuestra ayuda y nuestra proteccion, nuestro declarado defensor, y así no temeremos á nuestras pasiones, que están siempre dispuestas á despedazarnos.

Y vos, glorioso arcángel S. Gabriel, elegido entre todos los espiritus bienaventurados, para traer la grata nueva del misterio inefable de la Encarnacion del Hijo de Dios y nuestra reparacion, haced que, ya que fuisteis nuestro mediador é intercesor en la tierra, experimentemos la dulce proteccion que podeis dispensarnos desde el Cielo, para que purificados con la sangre de Jesús, precio de nuestra redencion, tengamos la dicha de cantarle en vuestra compañía y de todos los Ángeles y Santos las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. *Amén.*

PANEGÍRICO DEL BEATO GASPAR DE BONO.

*Vilior flam plus quam factus sum, et ero
humilis in oculis meis.*

Yo me abatiré mas de lo que he hecho, y
seré despreciable á los ojos míos.

(II Reg. vi, 22.)

No extrañéis, hermanos míos, que habiendo plantado en la Iglesia Francisco de Paula el ameno y frondoso jardin de su Religion Minima, produzca ésta frutos sazonados de virtud, que al paso que la hacen adelantar entre las otras majestuosamente, acreditan la destreza y cuidado del jardinero que la plantó. Es sin duda un efecto de la particular predileccion del Todopoderoso la santificacion de sus escogidos; pero, así como los rayos del sol fertilizan en abundancia las tierras feraces y de esmerada labor, así no es de admirar, que la gracia de Jesucristo se muestre triunfadora en los miembros que componen la gran familia de Francisco de Paula. Testigos son de esta verdad los Moreles, los Vedastos, los Barbudos, los Longobardis, y otros innumerables varones, cuya sabiduría y santidad, juntamente con la observancia rigurosa de su instituto, les merecieron un lugar distinguido en los anales de la historia, y el aplauso universal de todo el órbe cristiano. Ello es, amados míos, que un campo todo de humildad no podía ménos de producir árboles tan altos y frondosos.

Con esa larga série de personajes que pueden presentarse con pompa á la faz del universo, has confundido ¡oh Francisco! á los que haciendo gala de su impiedad, quieren borrar enteramente de nuestros corazones los sentimientos de la augusta religion que profesamos, zahiriendo, primeramente, con sus lenguas maldicientes los venerables institutos que le sirven de apoyo y de adorno. Desgracia funesta para los censores de los institutos religiosos, que al mismo tiempo en que con invectivas maliciosas procuran denigrar los establecimientos más útiles que han conocido los siglos, la providencia